

Cuando

estaba lejos



Una historia real
de la restauración de una joven

¿Alguna vez has sentido que tu vida para Dios ha sido completamente arruinada?

¿Piensas que tus errores han sido tan desastrosos que hasta Dios te pueda abandonar?

¿Tienes versículos bíblicos que sean especialmente importantes para ti? ¿Hay algo en la Palabra de Dios que haya servido en algún momento para transformar tu vida?

Existen muchas porciones de la Biblia que me han impactado, pero para mí, estas dos han sido sumamente importantes porque son las que Dios utilizó para restaurarme después que me aparté de Él por algunos años.

*“Por lo cual, salid de en medio de ellos,
y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo;
y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre,
y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso”.*
(2 Corintios 6 .17-18)

*“Ahora, pues, ninguna condenación hay
para los que están en Cristo Jesús”.*
(Romanos 8 .1)

La historia mía pudiera ser semejante a la tuya o totalmente diferente, pero de todos modos espero que sea de mucho ánimo para ti. Es mi oración que encuentres una esperanza nueva en Dios mientras te cuento de su gracia, amor y misericordia. Tal vez estés en una etapa de la restauración en tu vida: de regreso a Dios. Pudiera ser que solamente tengas el pensamiento de que un día *te gustaría ser restaurado*, o quizás ya has dado la espalda a algún pecado y no sabes qué hacer ahora. Si tienes algún pensamiento o deseo de volver al Señor, es de Dios. Él te ama, no importa lo que hayas hecho. Todavía Él desea lo mejor para tu vida y ciertamente tiene un plan especial para ti. Te ha salvado con un propósito, pero tú decides si quieres escucharlo y obedecerlo o no.

*Dios tiene un plan
especial para ti y
¡te ha salvado con
un propósito!*

Mis padres son cristianos y yo siempre sabía que me querían mucho. Desde muy pequeña me enseñaron buenos valores familiares por medio de su ejemplo y por la Palabra de Dios que sembraron en mí. Ellos se aseguraron de enseñarme con

claridad que era una pecadora que necesitaba ser salva, y cuando tenía seis años recibí la salvación. Aunque no parecía que hubiera muchos cambios grandes y visibles en mi vida cuando Dios me salvó, realmente sí había cambiado. Recuerdo haber tenido el deseo de servir al Señor y aun a temprana edad quería agradecerle a Él. Desafortunadamente, no dedicaba tiempo a la lectura de la Palabra de Dios ni a la oración. No pensaba mucho en la voluntad de Dios ni en sus propósitos al salvarme. Al mirar atrás ahora, me doy cuenta de que esto tuvo un gran efecto en el rumbo de mi vida.

A los 11 años asistí a unas clases bíblicas para muchachas. Estas clases trataban sobre la pureza sexual y la importancia de cuidarnos para el día de nuestra boda. Las hermanas nos enseñaron que debíamos mantenernos puras y estar listas para establecer límites físicos en una relación de noviazgo en el futuro. Recuerdo haber

pensado: “¡Jamás llegaría a tener relaciones sexuales con un muchacho antes de casarme!”

Probablemente suene increíble, pero en cuanto tenía tan sólo 13 años ya estaba en una relación sexual con un hombre 18 años mayor que yo. Él profesaba ser cristiano, estaba casado, y era miembro de la iglesia desde que yo era pequeña. Él estaba a cargo de un grupo de jóvenes y por eso yo había pasado mucho tiempo con él. Confiaba en él y cuando empezó a interesarse en mí, me impresionó y agradó. Ahora que soy mujer entiendo que él se aprovechó de mí, pero en aquel entonces, yo pensaba que realmente me amaba y que yo lo amaba a él. Creyendo que esto era cierto, tomé decisiones para estar con él cuando podía haber escogido lo contrario.

*“No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana:
pero fiel es Dios,
que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir,
sino que dará también juntamente con la tentación la salida,
para que podáis soportar ”.*
(1 Corintios 10 . 13)

Esta relación duró seis años. Al principio nadie lo sabía, pero más tarde me fui a vivir con él. Me acuerdo que los años de mi adolescencia fueron muy estresantes. A menudo me enojaba y a veces sentía miedo y depresión, como si tuviera una carga inmensa sobre mis hombros, o como si estuviera en un túnel oscuro sin salida. La relación con mis padres se iba deteriorando. Siempre andaba con miedo de que alguien descubriera mis muchas mentiras. La confianza que exhibía era muy diferente a la dolorosa inseguridad que sufría en mi interior.

Quizás suene extraño, pero todo ese tiempo estuve segura de mi salvación. De alguna manera, el Señor nunca me dejó dudar de mi salvación. En cierta forma lamentaba lo que estaba haciendo, pero

a la vez no quería cambiar. A veces oraba diciendo: “Dios, sé que lo que estoy haciendo no está bien, pero no quiero dejar de hacerlo todavía. Por lo tanto, no te voy a pedir perdón por ahora”. Todavía tenía ganas de obedecer a Dios en algunas cosas, pero siempre le decía: “En cuanto me case, todo va a estar bien y entonces sí te serviré”.

En este tiempo mi hermano había estado fuera estudiando. Cuando regresó, fui con mis padres al aeropuerto para recogerlo. De camino a la casa, él me preguntó: “Cuando llegues al cielo, ¿cuánto valdrá lo que estás haciendo con tu vida ahora? Solamente lo que hacemos para Cristo es lo que tendrá valor”. Eso me hizo reflexionar mucho.

Cuando tenía 19 años comenzó una serie de predicaciones del evangelio en el pueblo donde vivíamos y mi mamá me invitó a ir con ella. No había asistido a ninguna reunión por casi un año y creo que yo misma me sorprendí cuando le dije

*“ Cuando llegues al cielo,
¿cuánto valdrá lo que estás
haciendo con tu vida
ahora? Solamente lo que
hacemos para Cristo
tendrá valor”.*

que sí la acompañaría. Empecé a ir y una noche después de una reunión, una señora mayor que me había conocido toda mi vida me dijo: “Estoy orando por ti, para que arregles tu vida y regreses al buen camino”. Aunque parezca extraño, lo que me dijo me asombró. Había llevado este estilo de vida por tanto tiempo que llegué a creer que no iba por mal camino. Empecé a sentir mucha culpa por mi pecado, pero no quería hacer nada al respecto.

Un día uno de los predicadores me llamó y me pidió que platicáramos. No me acuerdo de lo que conversamos, pero sé que me fui sin sentirme amenazada por lo que me dijo o preguntó. A medida que la serie de predicaciones continuaba, sentía un peso y una presión cada vez mayor en el pecho, a tal punto que pensaba que iba a explotar.

Había una feroz batalla dentro de mí. Recuerdo haber pensado: “No puedo regresar a la casa de mis padres y volver al Señor porque ahora ningún muchacho me va a querer sabiendo que he sido ‘usada’”.

Una noche mi mamá no me llamó para invitarme a la predicación, pero fui por mi propia cuenta. El mensaje aquella noche fue sobre las últimas oportunidades, y que Dios le da a cada persona una última oportunidad para ser salva y que después ya es demasiado tarde. De repente pensé: “Mi mamá no me llamó esta noche. ¿Será que ya he tenido mi última oportunidad para ser restaurada al Señor?” Yo sabía que Dios no siempre deja a los creyentes continuar una vida desenfrenada en el pecado. Me había resistido por tanto tiempo... ¿sería posible que Dios ya hubiera dejado de insistir?

Unos días después, el mismo predicador me llamó para que platicáramos otra vez. De nuevo, no me acuerdo de todo lo que hablamos, pero en un momento él me preguntó por cuál rumbo creía yo que iba mi vida. Por alguna razón, Dios usó esto para llevarme al límite de mi resistencia y rompí a llorar como nunca antes. Sabía que no podía seguir viviendo así. De ahí me fui al trabajo de mi novio y le dije que iba terminar con él y volver a la casa de mis padres. Él me convenció para que me quedara esa noche, pero al día siguiente empaqué algunas cosas como pude y me fui.

En esos días sufrí muchos altibajos emocionales y creo que casi no dejé de llorar por un par de semanas. La primera noche en la casa de mis padres, me arrodillé e hice una oración forzada: “Perdóname, Señor, por todo lo malo que he hecho contra ti. Ahora, quiero vivir sólo para ti”. En un sentido lo dije porque sentía que era lo correcto. Sí quería cambiar, aunque todavía amaba a mi novio y realmente no quería dejarlo. Pero sabía que había tomado la decisión correcta. Era la única opción que tenía.

Las primeras semanas fueron sumamente difíciles para mí porque no quería vivir con mis padres otra vez. También tenía que resolver asuntos financieros con mi novio y eso me obligaba a verlo a

menudo. Por si fuera poco, cada vez que estábamos juntos él me hacía sentir culpable por haberlo dejado. Tanto nuestros amigos como los familiares de él no podían entender por qué yo quería terminar esta relación, y yo no sabía qué decirles.

Primero pensé que sería mejor esperar un tiempo para que mi novio y yo tuviéramos un noviazgo como debe ser y que después nos casáramos para seguir nuestra vida juntos, sólo que mejor que antes. Él ya me había dado un anillo de compromiso y habíamos fijado una fecha tentativa para la boda. Pero, a medida que pasaba el tiempo, más me daba cuenta de que todo lo que él me prometía no lo decía en serio y que realmente no compartíamos el mismo deseo de obedecer a Dios. Cometí tantos errores en este tiempo, como volver a pasar tiempo con él pensando que eso no afectaría a nadie. Ahora no puedo creer cómo tenté a Dios y a cuántas personas hice sufrir. Quería agradecer a Dios, pero al mismo tiempo quería hacer mi propia voluntad. Tardé un tiempo en darme cuenta de que no podía hacer ambas cosas.

Finalmente llegué a la conclusión de que no podía casarme con mi novio por mucho que lo amara. Hacerlo estaría totalmente en contra de lo que Dios quería para mi vida. Eso significaba que tenía que ir a verlo otra vez, devolverle el anillo, y decirle que no había ninguna esperanza en nuestra relación. Esa fue una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer en mi vida.

Ahora puedo ver un poco cómo Dios estaba obrando en mi vida, pero en aquel entonces no podía ver ni siquiera el siguiente paso. Todo me parecía oscuro y me daba miedo. Los versículos ya citados, 2 Corintios 6.17-18, se hicieron muy importantes para mí al enfrentar la posibilidad de nunca poder tener ni esposo ni hijos. Tampoco sabía si otras muchachas iban a querer ser mis amigas pues ahora yo era muy “diferente”. Me sentía ignorante en comparación con otros jóvenes en cuanto a lo que la Biblia decía, porque por años no la había leído. Tenía mucha vergüenza de regresar al Centro Evangélico ya que suponía que todos sabían los detalles personales de mi vida.

Surgió que pude tomarme un tiempo de vacaciones de mi trabajo e ir a pasar un tiempo con un familiar que vivía lejos. Antes de irme pedí ser recibida a la comunión de la asamblea. Los ancianos fueron amables respecto a este asunto pero me aconsejaron que esperara hasta que regresara. Fue difícil porque no quería que me preguntaran por qué no estaba en la comunión de la asamblea. Sí, yo había comenzado a cambiar por dentro, pero en esa etapa de mi restauración quería que todos pensarán que ese cambio era mucho mayor de lo que realmente era.

*Dios estaba
obrando
en mi vida.*

El tiempo fuera de la ciudad y de mi rutina me sirvió bastante. Me regalaron una Biblia dividida para leerla toda en un año y también preparé una lista de cosas por las cuales orar. Estas dos herramientas me ayudaron a establecer una buena rutina para pasar tiempo con el Señor diariamente. Por no estar trabajando en ese entonces, tenía tiempo para leer algunos libros cristianos muy buenos que me animaron más y más a consagrar mi vida al Señor. Esta experiencia me permitió distanciarme del hombre que había dejado y me ayudó a ver algunas cosas objetivamente. Sin embargo, me di cuenta de que todavía era tentada (aun sexualmente) mientras estuve fuera. Eso me sorprendió mucho porque pensaba que ya había superado ese problema en mi vida.

Regresé a mi ciudad cuatro meses después y estoy profundamente agradecida de que mis padres me recibieran otra vez. Después de haberlos tratado tan mal y del rumbo por el que había llevado mi vida por tanto tiempo, es un milagro que me acogieran nuevamente en su casa. Al principio fue extremadamente difícil establecer una rutina y enfrentar nuevamente a algunos de los “gigantes”. Creo que por el hecho de que había podido pasar tiempo conociendo al Señor mejor, pude resistir algunas tentaciones que se me presentaron. Regresé a mi antiguo trabajo, que estaba en un lugar muy transitado y frecuentado por muchos conocidos. Se me hizo muy difícil ahí

también porque todo el mundo sabía que había terminado con mi novio y que me había ido por un tiempo a otra parte. Ahora todos querían saber por qué lo había hecho.

Mes y medio después de regresar a casa fui recibida a la comunión de la asamblea. Fue aproximadamente en este tiempo cuando comencé a sentir enojo e incluso odio hacia el hombre que había destruido mi vida. También sentía rencor hacia mis padres, quienes pensé debían haberme protegido, y aun contra Dios que, en mi opinión, me podía haber guardado de todo. Desde aquel entonces he podido superar gran parte de estos sentimientos, y lo he dejado con el Señor. Sin embargo, a pesar de los años que han transcurrido, cuando repentinamente recuerdo algo, puedo sentir un enojo incontenible por la manera en que fui usada y por los años perdidos viviendo en el pecado.

Hubo un tiempo en que pensé interponer una acción judicial contra ese hombre, para que no le hiciera daño a nadie más. Puse este asunto en sincera e intensa oración hasta que el Señor me dio paz por medio de un versículo en Nahum 1.3: “Jehová es tardo para la ira y grande en poder, y no tendrá por inocente al culpable”. Sentí que podía descansar en el hecho de que Dios está en control de todo. Él tiene la última palabra en todo y aunque parezca que alguien puede salirse con la suya aquí en la tierra, no quedará impune para siempre. Ahora sé también que, aunque Dios permitió que pasara por esta prueba, Él siempre me dio la salida. Él no tiene la culpa de que yo no la haya tomado. Echarle la culpa a mis padres tampoco era justo porque realmente habían intentado protegerme de lo que sucedió. Era yo misma quien quería seguir mi propio camino, dándoles la espalda a los que realmente me querían.

Pocos años después de haber regresado a mi casa, comencé a interesarme en un joven que había conocido en unas conferencias bíblicas y en reuniones para jóvenes. Me impresionó cuán guapo e inteligente era y su gran sentido del humor. Pero más que todo, me di cuenta de que tenía un verdadero deseo de obedecer y servir al Señor. Sin que yo supiera de su interés en mí, y como un verdadero

caballero, les pidió permiso a mis padres para cortejarme. Ellos estuvieron de acuerdo, y poco después vino a nuestra casa para visitarme y preguntarme si estaría interesada en salir con él. Por supuesto que quería, pero también tenía que estar segura de que supiera realmente en qué se estaba metiendo. Yo tenía unos antecedentes que afectarían la relación y le expliqué algo de mi pasado en ese mismo momento, aun antes de que fuéramos novios. Se lo dije en su primera visita. También conversamos acerca del papel del hombre y de la mujer en un matrimonio y con la familia, y sobre la posibilidad de servir al Señor a tiempo completo si ésa fuera Su voluntad.

*El me amaba
por lo que yo era
y no por lo que
había hecho.*

Salimos por casi un año antes de que me dijera que me amaba. Me lo dijo por primera vez cuando me pidió que me casara con él. Durante ese año habíamos platicado mucho más acerca de mi pasado y yo sabía que si él realmente quería casarse conmigo, lo haría a sabiendas. Me preocupaba

mucho que él no fuera a casarse con una mujer virgen pero, por alguna razón, para él ese no era un factor decisivo. Me amaba por lo que yo era y no por lo que había hecho. También tenía serios temores de que mi relación anterior podría cambiar sus sentimientos hacia mí con el tiempo: que iba a dejar de amarme si yo engordaba o después que tuviera hijos, por los cambios que sufriría mi cuerpo. Participamos en sesiones de consejería matrimonial bíblica muy buenas que los dos sentimos que ha hecho una gran diferencia en nuestro matrimonio.

Poco tiempo antes de nuestra boda, un hermano predicó acerca del versículo que dice: "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús" (Romanos 8.1). ¡Fue algo tan alentador para mí! El pasado es exactamente eso, el pasado. Yo me había arrepentido y Dios me había perdonado. Aunque había algunas cosas irrecuperables, Dios me estaba concediendo un nuevo principio.

*“...pero una cosa hago:
olvidando ciertamente lo que queda atrás,
y extendiéndome a lo que está delante,
prosigo a la meta,
al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”.*
(Filipenses 3.13-14)

Hemos estado casados por varios años. Mi esposo me quiere aún más ahora que el día de nuestra boda, y definitivamente siento lo mismo por él. Me gustaría poder decir que he sido una creyente (y esposa) perfecta y que no he cometido ningún error desde que fui restaurada, pero eso no sería cierto. He tenido que confesar mi pecado muchas veces, pidiéndole a Dios que restaure mi corazón hacia Él cuando me he desviado. También, ¡cómo quisiera que todos los feos recuerdos del pasado hubieran desaparecido!, pero todavía están conmigo. Algunos se han desvanecido y otros han sido reemplazados con nuevos recuerdos.

Todavía lucho con mis temores y frustraciones acerca del pasado. Todavía me preocupa que nuestros hijos vayan a verse afectados por las decisiones que tomé en mi vida. Lo único que puedo hacer es confiar en que Dios siempre es bueno, justo, misericordioso y lleno de gracia. Siempre ha querido lo mejor para mí aun cuando yo no lo podía ver. A veces me aparto de su voluntad, cuando decido hacer las cosas a mi manera. A pesar de todo, he aprendido que Él es muy tierno y bondadoso con sus ovejas descarriadas. Un versículo que últimamente me ha dado mucho ánimo es Lucas 15.20: “Cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó”. ¡Imagínate! Tal vez tú estés muy lejos, pero de todos modos el Padre te ve y tiene mucha compasión de ti – ¡cuán grande es su amor!

Hace poco alguien me explicó cómo sale un pollito del cascarón del huevo. Se requiere un día completo o más para que poco a poco vaya saliendo. Nadie lo debe ayudar o se morirá después. El pollito

necesita pasar por el proceso de romper el cascarón y salirse solo para poder vivir. Pienso que el proceso es similar para nosotros también. Las luchas que enfrentamos son para nuestro bien aunque algunas de las dificultades sean resultado de las decisiones que hemos tomado. Nos hacemos más fuertes cuando pasamos por dificultades y aprendemos a depender de la capacidad de Cristo.

Él te quiere sólo para Él; por eso te amó y se dio a sí mismo por ti. ¿Volverás a rendirte a Él? Satanás desea desesperadamente que le sirvamos a él en vez de nuestro Señor, y por lo tanto el camino cristiano puede ser muy duro. Regresar al camino del Señor lleva consigo dificultades, pero sin duda alguna, ¡vale la pena!

“Alzaré mis ojos a los montes; ¿de dónde vendrá mi socorro? Mi socorro viene de Jehová, que hizo los cielos y la tierra. No dará tu pie al resbaladero, ni se dormirá el que te guarda”.

(Salmo 121 .1-3)

Dios quiere que aprendamos de Él. Las experiencias que Él permite en nuestra vida nos enseñan que podemos confiar en Él. Dios quiere que te apoyes en Él y que crezcas para llegar a ser la persona que Él quiere que seas. ¡Su plan para ti es muchísimo mejor de lo que jamás te puedas imaginar!

El Señor Jesucristo dice: “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo”.

(2 Corintios 12 .9)